

AMAIA MANZISIDOR TXIRAPOZU

URDAIBAI SANGRIENTO



erein

URDAIBAI
SANGRIENTO

25

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: octubre de 2017

Diseño de la colección y portada:
Cristina Fernández

Maquetación:
Erein

© Amaia Manzisidor Txirapozu

© EREIN. Donostia 2017

ISBN: 978-84-9109-238-4

D.L.: SS-1096/2017

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: edizioak@itxaropena.net

www.itxaropena.net

AMAIA MANZISIDOR TXIRAPOZU

URDAIBAI
SANGRIENTO

erein

Mi más sincero agradecimiento a mis queridas amigas: Estrella González Abando, por su información sobre el funcionamiento de los procesos judiciales; Kontxa Fernández, que me ha dado a conocer esa parte de la ciudad llamada Bilbao La Vieja, los personajes que la habitan y las situaciones que en ella se viven y, sobre todo, a Itziar Abásolo por su ayuda en el pulimento de esta novela.

Primer día –domingo 11 de agosto–
SIESTA BAJO LOS ÁRBOLES

Eran las cuatro de la tarde y hacía un calor sofocante. Kepa caminaba con paso decidido, no quería coger el coche. En la calle, respondía levantando la cabeza y con gesto distraído a los pocos transeúntes que, a aquellas horas, no se refugiaban de aquel bochorno insoportable. El calor hacía más opresivo el camino y, al llegar a la comisaría, el sudor empapaba su camisa a la altura de los sobacos.

Se había ido de casa para no explotar ante la última “salida de tiesto” de su nuera, adelantando la hora de llegada al trabajo. Y a causa del mal humor que le había producido la situación, ahora en el frescor de su despacho, reflexionaba sobre su familia... “la culpa de todo la tiene Nekane”, pero en su fuero interno sabía que parte la tenía él por no poner coto a la situación. Siempre optaba por huir en lugar de plantar cara. ¿A qué tenía miedo?

Solo la persistente llamada del móvil le sacó de sus cavilaciones, y la voz nerviosa de Eburne, su hermana, le devolvió a la realidad. Le hablaba de una desaparición, pero no lo entendía muy bien, un chico... una chica. Tuvo que repetirle tres veces la situación para que él se hiciese una idea.

Hacia el mediodía, a “Mendi-Goiko”, la casa rural de la que ella llevaba las riendas, había llegado un chico extranjero que esperaba a su compañera, pero ella no aparecía y la situación empezaba a ser preocupante.

–¿Muy preocupante? –inquirió él–. ¿Cuántos años tiene la chica?

–No sé... él tendrá unos treinta.

–Se habrá entretenido por el camino, estará contemplando el paisaje.

–¡Que no! –insistía ella–, hemos salido en su busca y no la encontramos. El chico está muy alarmado.

Miró su reloj y se dio cuenta de que tenía el tiempo justo para llegar a casa, coger el coche y subir hasta el caserío familiar. Para entonces ya habría aparecido la desconocida y él aprovecharía para charlar un rato con su hermana.

Mientras caminaba, incómodo bajo aquel calor asfixiante vio salir a Ander.

–He venido andando, ¿me acercas hasta casa?

–¡Jo, macho, a quién se le ocurre con este calor!

–¡A mí, ya ves lo tonto que soy!

–¡Bueno, me debes una!

Ya en su vehículo, al tomar el camino hacia el caserío todavía rezongaba recordando a su nuera. En la revuelta de Eskerika dejó de pensar en ella. Ahora eran los recuerdos de su niñez los que le embargaban. Allí estaba Zubimendi, qué precioso lo habían dejado después de los últimos arreglos. La piedra lucía en todo su esplendor y la balconada sobre el *etarte*, aquel soportal orientado al este, que por las mañanas recibía los primeros rayos del sol, le traía a la mente a la abuela Mauxi desgranando boronas. Y después Arinetxo, donde robó el primer beso a Mari Asun Telleria. Siempre que subía a Mendi-Goiko la añoranza le inundaba y se arrepentía de haberse desprendido de su parte del caserío, pero Nekane lo tuvo claro desde el principio: nada de caseríos, bastante había trabajado ella en el suyo. Un piso en Gernika era lo mejor para todos,

los niños cerca de la escuela, y ella tendría de todo solo con bajar a la calle.

Él envidiaba a su hermana que, con mucho esfuerzo, se había hecho con la casa familiar y ahora se ayudaba alquilando habitaciones, aunque no era suficiente para pagar los cuantiosos gastos de la rehabilitación. Gracias a que ella, eventualmente, trabajaba de cocinera en la Ikastola y Jokin, su marido, tenía un buen puesto en Plastikor podían hacer frente a la situación. Pero a ella se la veía feliz en su huerta y embotando delicias culinarias en la cocina.

Sin embargo no era felicidad, precisamente, lo que encontró al llegar a su destino. Edurne estaba junto a un chico a quien parecía tranquilizar. “Más o menos tendrá la edad de mi hijo”, pensó. Era rubio, delgado y alto, y ella le presentó como Erik. El chico estaba tan nervioso que, en un primer momento, le pareció que ocultaba algo.

—Yo la dejé al comienzo de la cuesta. Nos paramos para comprobar nuestra posición, y, en el momento que me giré para decirle que lo que nos quedaba de camino era llano, vi que ella se entretenía quitándose la camiseta para colgarla de la bicicleta, sin prestar atención a lo que le decía. Me dio tanta rabia que le grité que le esperaba al final.

Se le entendía bien. Su castellano, con un ligero acento, era muy correcto.

A la hora de comer aún no se había presentado y empezaron a preocuparse. El chico salió de nuevo con su bicicleta a desandar el camino pero no había ni rastro de ella.

Almorzaron esperando a que apareciese, pero todo fue en vano. Después Edurne acompañó a Erik hasta donde la había dejado y siguieron hacia Bermeo. Preguntaron a todos los que encontraron por el recorrido y en los caseríos junto a la

carretera, pero nadie les dio razón de la chica que viajaba en bicicleta.

La noche anterior había caído una aparatosa tormenta de verano. A primeras horas de la mañana las negras nubes habían soltado un último chaparrón que parecía haber terminado por aplacar el cielo y la tierra y había refrescado el ambiente, pero ahora el calor era, otra vez, sofocante.

Julieta seesteaba aquella tórrida tarde de domingo. Horacio Arrieta, el querido *Arri*, les había invitado a pasar el último día de vacaciones en su caserío de Laukiz y, después de la espléndida comida en la barbacoa del txoko, todos dormitaban bajo los árboles.

A ella le habían cedido la hamaca colgada bajo dos robles y los demás ocupaban sillas y tumbonas.

La conversación se había ido apagando poco a poco y solo se oían los cantos de las cigarras. Los hijos de *Arri* habían desaparecido en el interior de la inmensa casa y estarían, seguramente, entretenidos en internet o chateando con el móvil, mientras él recogía ciruelas, melocotones, pepinillos, calabacines y tomates para Julieta. ¡Cómo apreciaba a aquella chica tan entregada a su trabajo y sin dobleces! No era como aquellos superiores suyos que nunca compartían opiniones con sus subordinados, intentando siempre marcar distancias. Ella era diferente, pensaba, cuando el móvil que había dejado sobre la rústica mesa de madera comenzó a sonar insistente.

Era Kepa, su viejo amigo del barrio de Arinetxo.

—¡Kepa!, ¡*Aspaldiko!*¹

—¡*Kaixo Arri!*² ¿Qué tal estás? —oyó que le respondían.

1. ¡Cuánto tiempo sin verte!

2. ¡Hola Arri!

—¿Y tú?

—¡Bien, bien!... sí, sí todos estamos bien, pero te llamo por un asunto que me está mosqueando —y a grandes rasgos le contó la desaparición de la chica.

Las raras veces que había sucedido algo parecido, se había movilizado a vecinos y amigos del desaparecido para hacer una primera búsqueda. Pero en este caso, la ausente era una desconocida y Horacio, desde que trabajaba en el departamento de la Científica, desconfiaba de un método que podía borrar muchas huellas. Así que le confió a Julieta la preocupación de su amigo.

Ella no lo dudó ni un momento.

—*Arri*, vamos a echar un vistazo.

—Todavía no han pasado veinticuatro horas —comentó dubitativo.

—No importa, así le dejas tranquilo a tu amigo.

Imanol, que estaba a su lado y sabía de las salidas de Julieta, le dedicó una mirada inquisitiva.

—No te preocupes —le dijo ella respondiendo a su mirada— si no vuelvo pronto coge tú el coche y yo ya me las arreglaré.

—Eso no es problema, yo te llevo —le dijo inmediatamente *Arri*, que comenzaba al día siguiente sus vacaciones.

Imanol sabía que no tenía nada que objetar cuando ella tomaba una decisión con respecto a su trabajo, y menos si había gente delante, así que se ajustó los pantalones y recogió la bolsa con verdura y fruta que le ofreció *Arri*. Salió casi al tiempo que la pareja, después de despedirse de los habitantes del caserío y de dar un beso de despedida a Julieta.

—No tardes —le dijo sin mucha convicción.

Los dos compañeros abandonaron el camino vecinal que llevaba a la autovía y se encaminaron en dirección a Munguía

y después, en la rotonda, hacia Bermeo. Les salían al paso los embellecidos barrios del borde de la carretera. Ambos en silencio, todavía un poco somnolientos por la comida y el calor, subieron las rampas que conducen a Sollube.

Allí, enfrente, estaba Mendi-Goiko. *Arri*, después de comprobar que no pasaba ningún otro coche, giró hacia la izquierda. Un cuidado camino, bordeado de un espléndido seto de aligustres, llevaba hasta la entrada. En el *etarte*³, les esperaba Kepa. Los hombres se saludaron y *Arri* le presentó a Julieta. Kepa les explicó someramente la situación e inmediatamente pasaron a hablar con Erik, el chico belga.

El joven, aún muy nervioso, hablaba atropelladamente mientras narraba, una vez más, todos los pormenores. Tras oír su testimonio decidieron que, en principio, ellos mismos harían un examen de la carretera a partir del lugar donde decía la había dejado.

Le preguntaron dónde se habían hospedado, en previsión de que ella hubiese vuelto allí. Erik fue a por sus documentos y sacó la dirección y el teléfono de Iturrienea Ostautua. Después de anotar en el móvil los datos, llamaron inmediatamente y allí les dijeron que no tenían noticias de la chica y que si regresaba se pondrían en contacto con la *Ertzaintza*.

Antes de partir, Kepa llamó a la *Artzainetxea* de Gernika para explicar la diligencia que estaba realizando por lo que quizás llegaría tarde al turno de noche.

Decidieron bajar en un solo coche. Nadie hablaba, solamente Kepa señalaba a Erik los posibles lugares donde podría haberla dejado, pero el chico lo tenía claro: era allí... después

3 Porche.

de pasar aquel edificio tan bonito que, según le dijeron, era un asilo de ancianos.

Bajaron del coche e inspeccionaron los parques y los caminos cercanos. Las pocas personas que se cruzaron con ellos no supieron darles razón de la chica.

Determinaron seguir adelante por la carretera. Iban a una marcha muy lenta, intentando adivinar por dónde se podía haber metido. Pasaron un pequeño acceso que llevaba a un desbroce entre el bosque que bordeaba el camino y, al rebasarlo, Julieta vio algo que le llamó la atención.

—¡Para, para!, ¿qué es eso rojo que se ve ahí? Vuelve hacia atrás, pero no dejes el coche en el acceso, déjalo más atrás, en la cuneta —ordenó la chica.

—Pero es arriesgado —observó él precavido.

—Sí, ya lo sé, vete con cuidado, ahora no pasa nadie, en seguida ponemos los triángulos de seguridad.

Rebasaron el camino y la pequeña entrada de tierra. Dejaron el coche al borde de la carretera y los dos hombres corrieron a colocar las señales. El chico comenzó a bajar, pero Julieta le ordenó permanecer en el vehículo. A continuación, se dirigió con tiento hacia aquella franja de tierra y comenzó a examinarla procurando no pisar la zona donde se apreciaban una serie de huellas.

—Mira aquí *Arri*, ¿qué te parece esto? —le dijo señalando unas profundas marcas en el barro seco.

—Parecen hechas por un todoterreno, y son recientes.

—Sí —dijo *Kepa*— ¿y éstas?

—Pueden ser de unas llantas de bici —le respondió *Arri*.

—¿Qué es esto? —preguntó Julieta mostrando un trozo de tela de color rojo que se había quedado prendida de unas zarzas entre matorrales. Tras hacer bajar a Erik también se la mostró.

–Sí, parece ser de la camiseta de Kelly –contestó ante la atenta mirada de los tres.

–¿Sabéis hacia dónde lleva ese sendero? –indagó Julieta

–Más adelante, creo que solo hay un bosque de robles –le respondió *Arri*.

–Sí, pero me parece que también lleva hacia Emerando –se apresuró a contestar Kepa.

–Pues vamos a inspeccionarlo –decidió Julieta.

–¿No lleva también a Belarrinaga? –preguntó Kepa después de reflexionar un momento.

–Es verdad, aunque tiene otra entrada por Emerando –aseveró *Arri*.

Volvieron al coche y se dirigieron por aquella abrupta pista que describía varias curvas. Siguieron durante un rato intentando encontrar más huellas, pero no hallaron nada. Después de una pronunciada curva dieron con un hermoso caserío de una planta que, según parecía, no había sido pintado desde que lo construyeron. Lo cubría una capa de cal, teñida de un antiguo color añil, que se caía a ronchas, y el pilar central de madera había cedido. Daba la impresión de que aquella estructura podía venirse abajo en cualquier momento. En la balconada colgaban unos pantalones gastados y otras prendas aún más viejas.

Un perro atado con una cadena comenzó a ladrar y otro más pequeño se pegaba al coche ladrando y corriendo. Parecía que las ruedas lo iban a arrollar de un momento a otro. Tanto Julieta como Erik miraban espantados al animal.

–¡Para, para, que lo vas a atropellar! –gritaba Julieta.

Ni *Arri* ni Kepa le hacían caso y éste conducía desoyendo los ladridos. De pronto se vieron forzados a frenar, al encontrarse a un hombre que les miraba con recelo y que les

preguntó qué buscaban por allí. Este, al momento, reconoció a Kepa quien, por otra parte, no tuvo inconveniente en preguntarle si había visto pasar a alguien.

—No, hemos estado toda la mañana en el *Baserri eguna*⁴ de Gatika.

—¿Todos? —preguntó *Arri* mientras el hombre miraba con curiosidad a Julieta, quien, por otra parte, también se sentía observada desde una ventana.

—Bueno, solo se ha quedado *amama* Juani... con Jon —respondió como cosa obvia.

—¿Podemos hablar con ella?

El hombre le miró incrédulo, pero no se atrevió a negarse ante la autoridad.

—Pasad y lo intentáis —dijo resignado.

La cocina a la que accedieron no estaba en mejores condiciones que el exterior del edificio. Un antiguo fogón que funcionaba con leña o carbón delante, un fregadero de piedra bajo la ventana que, en aquel momento, dejaba entrar el sol e iluminaba la estancia, pero también mostraba un techo ennegrecido y unas baldosas, en su tiempo blancas, envejecidas. Junto al fuego, en una butaca de mimbre con cojines, la ancianísima abuela, los cabellos blancos recogidos en un pequeño moñete, resguardada la espalda por una toquilla de color morado hecha a ganchillo y los pies cubiertos con una ligera manta de cuadros, miraba beatíficamente. A su lado, una mujer con la cara muy arrugada y vestida muy pobremente se retorció las manos, como si aquel gesto fuese habitual en ella cuando no tenía nada que hacer o estuviese preocupada.

⁴ Día del Caserío.

–¡*Kaixo!* –saludaron al entrar y la mujer, que permanecía en pie, miró con recelo a aquellos intrusos que profanaban su hogar.

–¡*Amamagaz berba egin gure deurie!*⁵ –dio por toda explicación el hombre a la extrañada mujer.

En el momento en que Kepa se dirigió a la abuela, todos entendieron sus reticencias. La mujer estaba sorda como una tapia y no se podía mover de la silla sin ayuda; desde el sitio donde estaba era imposible que se hubiese percatado de nada. Después de un diálogo de besugos, preguntaron por Jon.

–Estará arriba preparándose para salir –dijo la mujer, y fue a llamarlo.

Volvió con un muchacho de unos diecinueve años de aire azorado y retraído.

–¡*Kaixo* Jon! ¡Madre mía, pero cuánto has crecido! –le saludó Kepa.

El chico sonrió tímidamente y no contestó al cumplido, se veía que estaba poco acostumbrado a ver extraños en aquella casa. Le preguntaron si había visto pasar a alguien aquella mañana, y él, como sorprendido de que un coche como aquel hubiese pasado por allí, respondió.

–¡Sí! Un todoterreno de color marrón.

–¿Alguien conocido? –le preguntó *Arri*.

–No –fue su escueta respuesta.

–¿Qué tipo de todoterreno?

–No sé... era grande, tenía cuatro puertas.

–¿Lo habías visto pasar alguna vez por aquí?

–No, nunca antes había visto ese coche.

⁵ Quieren hablar con la abuela.

—¿Has notado algo que te llamase la atención?

—No.

Por los alrededores del caserío tampoco encontraron huellas. Después dieron la vuelta a la casa con el coche y salieron por el otro camino que lleva hasta la carretera, para no borrar las posibles huellas dejadas por el todoterreno al atravesar el sendero.

Arri llamó a la patrulla de guardia de la Científica indicándoles el lugar donde les esperaban y advirtiéndoles de que, aunque no había cumplido el plazo reglamentario para considerarlo una desaparición, eran órdenes de la Jefa.

Mientras llegaban, dejaron a Erik en la casa rural, advirtiéndole que no abandonase el lugar por si le necesitaban para alguna diligencia.

—No, yo no me voy de aquí hasta que no aparezca Kelly —dijo convencido.

—Muy bien —le dijo Julieta, aunque su instinto le decía que quizás no apareciese, como él esperaba.

Llegó la patrulla y Julieta mandó tomar fotografías y muestras del terreno. Encontraron alguna rama partida y, mientras rociaban con aquella especie de cera blanda que moldeaba pisadas y marcas de neumáticos dejadas en el lugar para fijarlas, Horacio le hizo ver la conveniencia de hacer una batida.

—No, creo que hoy es mejor que la busquemos por nuestra cuenta y, mañana, te encargas con Kepa de organizarla.

Después se dio cuenta de que *Arri* comenzaba sus vacaciones al día siguiente y se disculpó.

—Perdona, déjalo de mi cuenta.

—Tranquila jefa, no me cuesta y además no soy capaz de hacer nada hasta que aparezca la chica.

Ya estaba anocheciendo cuando acompañó a Julieta hasta su casa.

Desde luego, la vida junto a Julieta le había traído muchas cosas buenas. Su vida se había estabilizado, se acabaron las noches de amigotes en busca de ligue, que en los últimos tiempos se le estaban haciendo penosas. Estaba pensando en el chalecito que Julieta había comprado y estaba arreglando. Le había costado la mitad de su valor inicial y él estaba contento por no haberse decidido a compartir la compra pues, en ese momento, “la dichosa crisis” le había dejado con unos ingresos muy menguados. Pero ella no tenía problemas, sus ahorros, sus padres que la apoyaban en todo y su trabajo eran un perfecto aval para la compra. Él bastante tenía con la hipoteca del dúplex y el garaje que recientemente había adquirido; además tampoco tenía tan claro que quisiera vivir en el campo. Él era de ciudad, de Bilbao de toda la vida.

También pensaron en la posibilidad de adoptar a una niña, ya que Julieta tenía miedo a someterse a un proceso de reproducción artificial. “Ya soy muy mayor para eso”, le había dicho. Si bien él había accedido durante aquellos días de vacaciones, ahora tenía muchas objeciones, necesitaba tiempo para buscar alguna salida nueva a su trabajo, una niña traería muchos gastos. En fin, a pesar de la insistencia de Julieta, no lo veía nada claro.

Pero a lo que no se acostumbraba era a aquellas pesquisas a horas intempestivas que muchas veces desbarataban sus planes. Él era un hombre acostumbrado a tenerlo todo controlado y aquello le producía un manifiesto malestar, aunque tenía que reconocer que eso mismo le permitía mantener las relaciones con la cuadrilla de siempre. No le gustaba aquel

trabajo que le hacía vivir sórdidas experiencias. Al principio había insistido en que fuese a trabajar con él en su despacho, pero Julieta no estaba dispuesta a perder su independencia y ahora se alegraba de que no hubiese aceptado, pues el estado de la economía era mucho peor de lo que jamás hubiera imaginado y no se podían permitir el lujo de despreciar el sustancioso sueldo que tenía ella.

Habían llegado la noche del viernes de un esperado viaje por el Caribe, un regalo de los padres de ella, y después de reponerse del jet-lag, justo les había dado tiempo de vaciar las maletas y poner un par de lavadoras.

Habían pasado un bonito día en Landaberri y ahora volvían a la rutina diaria y él, en su fuero interno, sabía que aquellas horas en soledad en las que, de nuevo, podía volver a organizar su vida y sentir su casa para él solo, le reconfortaban. Tenía que reconocer que mucho del malestar que había entre ellos se debía a aquella sensación suya de sentirse invadido en su intimidad, en sus posesiones, y pensó que aquella casa más amplía solucionaría ese problema.

Puso en marcha el ordenador y leyó los e-mails. Allí estaba la contestación a la solicitud para los trámites de la adopción. Después revisó los últimos casos que había dejado pendientes, pequeños asuntos que solo le quitarían unas horas de su primera mañana de trabajo. Mientras ella llegaba, decidió hacer una lista para la compra de la semana. Eso y la comida eran su tarea principal en la casa; la verdad es que su chica poco se preocupaba de los asuntos caseros, “aunque comer, come como una lima”, pensaba mientras ideaba menús.

De momento, tenían fruta y, con aquellos estupendos tomates que olían a huerta, junto con los pimientos y pepinillos,

prepararía unas ensaladas, pisto y gazpacho. Tenía para varios días, platos idóneos para el calor.

Había anochecido cuando ella llegó y él la esperaba con un Manhattan en la terraza, aprovechando la cálida noche. Por su cara de preocupación se dio cuenta de que la chica no había aparecido.

—Mal asunto, ha pasado mucho tiempo y no la hemos encontrado, esto no me huele nada bien.

Para distraerla le ofreció el mismo combinado, pero ella lo rechazó.

—No, antes comeré algo —le dijo abstraída.

—Sí, ya me lo suponía. He encargado unos tallarines y un poco de pollo al curry en el Shangai.

Ella se lo agradeció con una sonrisa y un beso, y cuando se levantó para dirigirse a la cocina él le hizo sentarse y le dijo.

—Siéntate, cenamos aquí.

Aquel viaje no estaba saliendo como él lo había programado. Kelly había resultado ser una amiga encantadora, siempre dispuesta a hacer favores y... tan divertida, pero, desde que decidieron vivir juntos, la convivencia no marchaba tan bien. Era tan imprevisible que siempre le descolocaba. Cuando él tenía más necesidad de descanso, era capaz de aparecer con una cuadrilla a beber y escuchar música, pero al intentar reprochárselo su cara de asombro le hacía desistir.

La conoció en La Haya, en el British School of Holland, un elitista colegio donde él impartía clases de matemáticas y adonde ella llegó para enseñar inglés.

Se reveló como la alegría del centro y, desde el primer momento, se sintió tan atraído por ella que, a pesar de su natural impulso a la soledad, le ofreció su casa para compartirla.

Creyó que le haría abrirse a otros mundos diferentes al suyo y así sucedió. Su casa fue invadida por fiestas, música, drogas y amigos, que Kelly encontraba como flores en el campo.

Después él le hizo ver que aquella forma de vida era imposible de compaginar con su metódica existencia y ella le prometió moderarse. En aquellos felices días en que compartieron trabajo, soledad, confidencias y amor, Erik se sintió el hombre más feliz del mundo y creyó entender el porqué de aquella vida impulsiva y excesiva.

Kelly le decía que con aquellos meses de desenfreno pretendía compensar toda la frustración de su vida, “pero ahora que te conozco, solo te necesito a ti”. Erik recordaba sus palabras.

Según le confesó Kelly, su padre desapareció de sus vidas y su madre siempre le achacó que su único y verdadero amor las hubiese abandonado al nacer ella. Aquella madre egoísta e irreal, que vivía de las apariencias, necesitaba echar la culpa de su fracaso a alguien y quién mejor que la dulce y manipulable Kelly, así que le hizo la vida imposible.

Comentaba que, cuando decidió independizarse, su madre, quejosa siempre con ficticias enfermedades, le reprochó que la abandonase y se redoblaron sus ataques de histeria y sus amenazas, pero para entonces ya había comprendido que necesitaba alejarse de aquel ambiente nefasto. Así que aquel trabajo fuera del país fue la disculpa perfecta.

Aunque llamaba a su madre todas las semanas, eran muchas las ocasiones en que no recibía respuesta y, las pocas veces que lo hacía, solo era para escuchar misivas de sus amigas o avisos oficiales. Al terminar el curso, decidieron ir a visitarla y, como en Holanda se había acostumbrado a la bicicleta, pensaron hacer el viaje en mountain bike. Después aprovecharían para

bajar hasta el Norte de España y, a la vuelta, tomarían el TGV en Hendaya. Habían encontrado unos billetes por 25 euros en un tren que tardaba unas seis horas en llegar a París. Desde allí pensaban arribar a Amsterdam y después a La Haya.

Desde que visitaron a su madre, el viaje se convirtió en un continuo tira y afloja. Como si la nefasta mujer hubiese inculcado un invisible veneno en el ánimo de su hija, Kelly se comportaba como una chiquilla caprichosa y desdichada.

El día anterior habían quedado en levantarse muy temprano para evitar el calor del mediodía, pero ella, que se pasó todo el día buscando algún alucinógeno por aquel barrio al otro lado del puente, no se levantó cuando sonó el despertador del móvil y lo apartó de un manotazo cuando él quiso avisarle de que debían partir. Dos horas más tarde desayunaron de mal humor. Bilbao estaba desierto a aquellas horas, y, desde la salida, el viaje, con aquel calor añadido, se les hizo penoso. Erik intentaba animarla, pero se notaba que hacía el trayecto con dificultad. Su mente estaba en otra parte y eso no le dejaba disfrutar ni del paisaje ni del recorrido.

Pararon a la salida de aquel pueblo, ¿cómo se llamaba?... Y él aprovechó para consultar el mapa; entonces le vio quitarse la camiseta. Se quedó con la parte superior del bikini y un mini short que le dejaba los glúteos al descubierto. Le dio tanta rabia que solo le dijo.

—¡Desde aquí hasta la casa rural todo el camino es recto, te espero allí!

¿Quizás ella se enfadó y decidió tomar otra ruta? No lo creía, pero no la conocía tanto como para saberlo con exactitud. ¿Debería contarle a los policías?